



en silencio

Luz Aparicio de Fuentes

- Una tarde me quedé a ordenar los archivos. Todos se habían ido. No sentí nada. Ni pasos, ni el sonido de la puerta. De pronto unas manos como garfios me apresaron. Me defendí hasta lo imposible. En eso, un golpe me desmayó.

- ¿Quién? - le preguntó Bernardo,
- Don Carlos - fue la respuesta.

Bernardo sintió que muy dentro de su alma, un pájaro lanzó un gemido, recogió sus alas y murió.

Esmélda silenciosamente, se quitó el anillo entregándoselo sin tardanza.
- Nada hay por hacer - susurró ella.

- No lo sé - Y después de unos instantes, como hablando consigo mismo dijo - Yo te conocí íntimamente y te amé por el alba que guardabas. Te amé sin piel frenando las ansias que sin querer alborotabas en mí ¡Qué nada manche la espera! - me imponía.

Quedó callado y a su mente volvieron, en tropel, los recuerdos. La conoció poco después de su regreso a la ciudad, cuando caminaba sin rumbo por las calles nuevas. De pronto, una casita bañada en cal llamó su atención: por sus rejas trepaba un jazminero cuyo reguero de flores parecía una Vía Láctea atrapada entre el verdor de los gajos. Bernardo se sintió envuelto en la magia de floración y fragancia. En eso escuchó el trino de unos jilgueros.

Bernardo como omnubilado, empujó la puerta, entrando al jardín. Una risa de mujer lo acogió volviéndolo a la realidad... Entonces la vio; estaba hincada escarbando la tierra. Tenía los cabellos largos que le caían pesados sobre sus hombros, los ojos melados y los labios que se abrían como entrecando un beso.

- Perdona - le dijo el joven - No pude evadirme al encanto de tu jardín ni al sortilegio del trino de las aves..

- ¿Aves? ¿Qué aves? Si es sólo un jilguero.

- Hubiese jurado que eran tres o cuatro.

La risa juguetona de la joven se expandió en el ambiente; luego dijo:

- Entre los dos hacemos un dúo; compruébalo.

Y entonces escuchó, nuevamente el concierto. Bernardo cerró los ojos para oír las notas que como hilos de luz se le metían en el alma... por momentos se mezclaban formando un solo canto; después se esparcían y acababan en silencios.

El joven entusiasmado aplaudió una y otra vez. Ése fue el comienzo. Después siguieron días en los que la amistad primero y el amor después, crecieron bajo la parra.

Al día siguiente Esmélda dejó la oficina para siempre. "Encontré un mejor trabajo" les había dicho a sus compañeros y se fue con su agonía.

Bernardo siguió igual doblegando su odio, mordiendo los insultos que pugnaban por salir cuando encontraba a don Carlos. Después, se dedicó a barajar soluciones: Sería suficiente que un médico arrancara ese brote hecho de animalidad e insania. Y sin embargo en sus noches de vigilia escuchaba una voz pequeña, veía un niño sin rostro que le suplicaba de rodillas...

- Algo te carcome el alma - le habló su padre - No sé qué puede ser ni te pido que me lo cuentes si ése no es tu deseo. Sin embargo quiero recordarte que jamás encontraremos la felicidad si no es venciendo nuestros orgullos y nuestras devociones. No olvides que sólo cuando tenemos las manos blancas, Dios nos permite tocar sus estrellas.

En ese momento, Bernardo tomó una resolución, fue en busca de Esmélda y le propuso:

- Quiero casarme contigo cuanto antes... Este viernes... sin tardar.

Ella calló pensativa, después impuso sus condiciones.

- Consentiré si lo haces por amor; si perdonas de corazón una culpa que no es mía.

- Sé que lo ocurrido es una prueba que me manda el destino. Estoy seguro que nada será fácil; pero tengo fe en que cada dolor tiene una ventana de esperanza.

Dicho esto, cogió las manos de su amada colmándolas de besos.

Llegó el viernes.

En los talleres de la imprenta la actividad era febril como siempre. La máquina impresora llenaba el ambiente con su traqueteo ruidoso y el olor a tinta y a papel se expandía en el ambiente.

Bernardo atendía las cuchillas recién afiladas; lo hacía con el cuidado de una madre que acuna a su bebé recién nacido. Después de lavarla, la limpió

con un paño con infinita paciencia hasta que estuvo brillante como un espejo. Finalmente, la atomilló a la guillotina dejándolo completamente fijo. Así instalada parecía un rayo de plata o una tajada de luna blanca.

A las seis de la tarde los empleados abandonaron la imprenta. Bernardo quedó solo afanado en su labor. De la larga mesa donde colocaron los libros alzaba dos pilas, luego las alineaba una alado de la otra, con exactitud matemática. Al apretar un botón la cuchilla refileaba las hojas de un tajo.

- ¡Oye! - le dijo Tomás - ¿Te olvidaste que hoy es tu matrimonio? Yo, que apenas soy un testigo, estoy más apurado que tú.

- Prometí a don Carlos adelantar este trabajo. Ya sabe que diez mil textos deben ser entregados mañana sin tardanza. Me quedaré hasta la siete. No temas, mi tiempo está cronometrado. Ya verás que llegaré puntualmente.

Faltaban apenas cinco minutos para las siete cuando don Carlos hizo su entrada en el taller.

- ¿Cuánto falta? - fue su pregunta.

- Unos mil ejemplares - le respondió.

- Te dije que no podrías irte sin terminar el refilaje. Todo el día pasaste charlando para ganar horas extras. ¡Me crees un estúpido!

A medida que hablaba se enardecía más; su voz cambió de tono, se hizo agria, exaltada. Parecía como si escupiera una sorna oscura.

- Te crees el técnico de alto vuelo por el cartón que tienes y apenas si alcanzas a ser un ganapan.

Bernardo habló con voz inexpresiva.

- Don Carlos, trabajé hasta este momento; no me puedo quedar más porque dentro de un hora me caso con Esmélda. Ahora si hay que terminar el trabajo, hágalo usted mismo.

- ¡Ah! ¡La noviecita inmaculada...! - dijo don Carlos con ironía.

Bernardo lo miró profundamente. Tenía el rostro inalterable; sólo sus pupilas se habían tornado turbias.

- La cuchilla a veces se tranca, como ahora - siguió explicando - entonces usted debe ajustar los tornillos de la izquierda.

El viejo metió la mano en busca de los tornillos; Bernardo apretó con fuerza el botón y la cuchilla bajó ciega cercenándose de un golpe.

Un bufido como de buey herido se extendió en la pieza, levantó sus muñones que chorreaban sangre oscura... espumosa y luego se desmayó sobre la mesa de la guillotina.

Ni un músculo se movió en el rostro de Bernardo. Imperturbable, le buscó la otra mano, la acomodó de manera precisa como lo hacía con los libros y nuevamente, accionó el botón...

El hombre abrió sus ojos vidriosos, de su garganta salió un quejido infrahumano y nuevamente se sumió en la inconsciencia.

"Las manos sucias también se refilan" pensó Bernardo.

La sangre corría por la plataforma de la guillotina, empapó los libros y se esparció cayendo al suelo.

Bernardo se quitó el overol, lo guardó en su mochila tal como lo hacía cada viernes y después, ajustando la puerta, se fue.

Atrás quedaba la máquina con el motor encendido y ruidoso. Afuera, unos niños correteaban en la esquina, mientras los perros alborotaban en el callejón cercano. Una pareja pasó por la acera del frente en marcha apresurada y un camión chirrió al torcer su rumbo.

A la mañana siguiente encontraron el cadáver. Tenía los muñones sucios por la sangre coagulada... Y entre los libros estaban sus manos, trunacas como dos garfios mortuorios...

Esmélda al enterarse de estos hechos se acercó a Bernardo diciéndole:

- Querido, ¿qué sabes tú de esto?

Y él respondió:

¡ Todo!

LUZ APARICIO DE FUENTES.

Escritora.